

Dossier

**Revisionismo
histórico
anti-antifascista
y políticas
de la memoria**



William Cropper

No es necesario volver a señalar las profundas e inescindibles conexiones entre la historia y la política; ambas son parte de los soportes desde los que se construye la memoria colectiva, y por tanto, elementos claves en la selección de lo que se recordará y lo que se olvidará. Tampoco es necesario constatar que el pasado del siglo XX se revela como central en las políticas presentes. Una de las manifestaciones de esta centralidad es la creciente expansión de los estudios historiográficos revisionistas en Alemania e Italia, que desde la segunda mitad de la década de 1980, expresan, en primer lugar, la búsqueda por fundar una reconsideración de la historia del último siglo, y en particular de las responsabilidades que les corresponderían en las catástrofes y los genocidios que son los signos distintivos de ese siglo, al fascismo y al comunismo. Gran parte de estas revisiones —que no se han circunscripto a los ámbitos académicos sino que dilataron su campo de acción a los medios de comunicación masiva—, se han nutrido del clima político y cultural emergente tras la caída del muro. En ese marco, la tarea de dotar de un nuevo sentido a “la era de los extremos” estuvo orientada por consideraciones que buscaban suspender el peso del pasado de esas naciones, a partir de una reinterpretación de las historias del fascismo italiano y del nazismo, originando amplios debates que trascendieron las fronteras de ambos países.

En los dos artículos que aquí traducimos, sus autores —Bruno Groppo y Enzo Traverso— recorren y analizan las argumentaciones de los historiadores revisionistas y exponen los ejes de las polémicas abiertas. En particular, Groppo —coautor de *La imposibilidad del olvido*— aborda la temática a partir de dos figuras claves en estas controversias: el alemán Ernst Nolte y el italiano Renzo de Felice. Por su parte, Traverso —que viene de publicar *La violencia nazi*— retoma el interrogante de Tim Mason en relación con la “desaparición” del concepto de fascismo en la historiografía alemana, y advierte sobre los riesgos de esa pérdida como un efecto perverso —pero evitable— de pensar la singularidad de Auschwitz.

Leemos estos dos artículos en su indudable actualidad para nuestro presente. Intervenciones como las que aquí reproducimos deben servir, en la Argentina, para abordar con profundidad el reciente pasado del terrorismo de Estado.

“Revisionismo” histórico y cambio de paradigmas en Italia y Alemania

Bruno Groppo



P. Audvert

Releer la historia del siglo XX

Desde los años ochenta y, más particularmente después de 1989, han aparecido numerosos intentos de relectura de la historia del siglo veinte. Productos de su tiempo, están profundamente signados por la coyuntura intelectual y política de fines de siglo e implican a menudo una transformación radical de los paradigmas historiográficos hasta entonces predominantes. La caída del Muro de Berlín, acontecimiento que simboliza el fin de los regímenes comunistas, marca también el final de una época, e incluso, según ciertos historiadores, el cierre del "siglo corto" que había comenzado con la Primera Guerra mundial. Un ciclo histórico –el de la guerra fría, iniciado después de la Segunda Guerra Mundial, pero también, más generalmente, el del comunismo, que comienza en 1917 con la Revolución de Octubre– parece concluido, y es natural que pretenda hacerse un balance así como interrogarse sobre su sentido. Esta exigencia se presenta como una necesidad tanto más imperiosa cuanto que la desaparición del "mundo de la cortina de hierro" ha acarreado también la de muchos de los puntos de referencia y de las certezas que lo caracterizaban. El nuevo período histórico parece distinguirse sobre todo por la existencia de múltiples y profundas incertidumbres, como lo subraya, por ejemplo, François Furet en la conclusión de su libro *Le passé d'une illusion*, cuando escribe: "La historia vuelve a ser ese túnel en que el hombre se lanza, a ciegas, sin saber a dónde lo conducirán sus acciones, incierto de su destino, desposeído de la ilusoria seguridad de una ciencia que dé cuenta de sus actos pasados. Privado de Dios, el individuo democrático ve tambalearse sobre sus bases, en este fin de siglo, a la diosa historia"¹ El historiador italiano Giovanni Levi señala, por su parte, que "la transformación extraordinaria que ha engendrado la caída del sistema soviético y el fin de la bipolaridad, ha creado una expectativa, desorientada, de relectura de la historia, un interés de revisión que, en parte, carece de instrumentos de interpretación nuevos pero que, en la misma medida, no ha renunciado a la convicción de la autoridad científica de los historiadores."² Nos volvemos hacia el pasado en busca de indicios para el porvenir. "En el marco de la crisis de certidumbres ideológicas la historia es [...] vista como un instrumento de legitimación política y de invención de una tradición

que puede ser tranquilizador en cuanto al porvenir"³, escribe otro historiador, Claudio Pavone, a propósito de la dificultad que hay "para saldar las cuentas con el pasado y hacer proyectos para el futuro". Esta demanda social de certezas y de referencias capaces de apuntalar una identidad colectiva no es nueva. A mediados de los años ochenta, por ejemplo, mientras que la *Historikertreue* estaba en su apogeo en la República Federal Alemana, Jürgen Kocka escribía: "Lo que se espera de la historia en el debate público no es tanto que aporte esclarecimientos, que critique determinadas evidencias o que contribuya a alguna emancipación, sino más bien que nos ayude en la búsqueda de una identidad, incluso que concorra a la institución de un sentido. Un pasado al que suscribir, tal es el anhelo común: la historia como tradición apta para el reforzamiento de la identidad colectiva y la formación de un consenso"⁴. La necesidad de certidumbres se ha hecho todavía más patente después de 1989, pero la historia en tanto que disciplina científica no parece en condiciones de satisfacer tal exigencia, ya que ella también ha perdido muchas de sus certezas y se halla en el centro de múltiples desafíos. Los debates historiográficos, donde lo que está en juego es la interpretación del pasado (y por lo tanto el sentido que ha de atribuirse a este último) se transforman frecuentemente en enfrentamientos políticos e ideológicos: la historia deviene entonces un campo de batalla donde todos los golpes están permitidos. Los vencedores provisionales de esta disputa en torno a la utilización política del pasado son sobre todo los historiadores de orientación liberal – conservadora. Como lo subraya Giovanni Levi, "el desarme ideológico no es generalizado: sólo una de las partes ha sufrido una pérdida de sentido. En esta situación desigual se difunde un nuevo uso político, indiscriminado, de la historia, que encuentra a los historiadores particularmente inseguros y sin defensa"⁵. Paradójicamente, "la guerra fría, concluida a escala planetaria, prácticamente parece haberse transferido al interior de la corporación de historiadores."⁶ Esto es particularmente cierto para la historia del comunismo, un ámbito en el que se han visto resurgir y afirmarse con un renovado vigor ciertas interpretaciones de naturaleza fuertemente ideológica, que se creían pertenecientes al clima exacerbado de los peores períodos de la guerra fría.⁷ En una serie de trabajos publicados

luego de 1989, un anticomunismo militante es erigido, como lo indica Enzo Traverso, en paradigma histórico y se convierte en la clave para interpretar el siglo XX.⁸

Ernst Nolte

Una revisión general de la historia del siglo XX está en marcha, y la interpretación (o la reinterpretación) del fenómeno comunista ocupa en ella un lugar central. La revisión —¿es necesario recordarlo?— constituye la senda natural de la investigación histórica: ésta progresa precisamente sometiendo a crítica y “revisando”, a partir de nuevas fuentes y/o de nuevos interrogantes, las hipótesis e interpretaciones anteriores. En este sentido, toda historia es “revisionista”, puesto que cada nueva generación de historiadores relee el pasado a la luz de las preocupaciones e influencias culturales que le son propias. Cualquier otra cosa constituye, por el contrario, una operación histórica que reinterpreta el pasado sobre la base de parámetros esencialmente ideológicos.⁹ Este tipo de revisionismo —que no debe confundirse con el negacionismo— juega un rol particularmente importante en Alemania y en Italia: se distingue, entre otras cosas, por una cierta tendencia a relativizar o banalizar los aspectos criminales del nazismo y del fascismo y por rehabilitar determinados aspectos de estos regímenes.¹⁰ El exponente más importante de esta orientación es sin dudas el politólogo e historiador alemán Ernst Nolte, cuyas tesis a menudo provocativas han suscitado encarnizadas polémicas en la República Federal Alemana ya en los años ochenta, y las cuales han estado en el centro de un vasto debate público (la “controversia de los historiadores” o *Historikertreit*).¹¹ En aquel momento, las tesis “revisionistas” de Nolte habían sido juzgadas poco sólidas desde un punto de vista científico y rechazadas por la gran mayoría de los historiadores alemanes que estaban involucrados en el debate. En cambio, en la coyuntura política de los años noventa, mientras continuaban hallando muy poco crédito entre los especialistas del nazismo y de la Shoah, las tesis “revisionistas” encontraron un eco considerable en varios países, particularmente en Francia (donde François Furet les abrió las puertas de la respetabilidad académica)¹², y más aun en Italia.¹³ Una de las tesis más controvertidas es aquella según la cual el exterminio de los Judíos

por los nazis habría sido una respuesta —exacerbada y excesiva, pero comprensible— a la violencia y el terror instaurado en Rusia por los bolcheviques: el traumatismo causado en Alemania por la revolución bolchevique, en la que numerosos judíos habían jugado un papel activo, habría conducido a Hitler, por reacción defensiva frente a la amenaza de aniquilamiento representada por el comunismo, a decidir el exterminio de los Judíos. El Gulag soviético sería entonces “el precedente lógico y fáctico de los crímenes nazis”, y existiría una relación de causalidad entre el Gulag y Auschwitz.¹⁴ Se comprende fácilmente que afirmaciones de este género —como prueba de las cuales, hay que subrayar, el autor no aporta ninguna evidencia decisiva— suscitara fuertes reacciones en el seno de los historiadores alemanes y más en general de los especialistas en el nazismo y la Shoah, de los que la gran mayoría ha tendido a diferenciarse netamente de una interpretación como ésta, considerada como una banalización de los crímenes nazis.¹⁵ La fragilidad de las bases científicas sobre las que se apoyan tales proposiciones ha sido subrayada varias veces por otros historiadores.¹⁶ Sin necesidad de insistir en este punto, bastará recordar que las fuentes del antisemitismo de Hitler son bien anteriores a la revolución bolchevique en Rusia. Como apunta Ian Kershaw, su antisemitismo no es una consecuencia de su antibolchevismo, sino que lo precede.¹⁷ Si el caso de Nolte merece una atención particular es porque representa, en el seno de la comunidad científica, un ejemplo extremo de revisionismo histórico que se entrega a una relectura esencialmente ideológica del pasado y que termina viendo en el nazismo una suerte de mal menor con relación al mal absoluto representado por el comunismo y, en todo caso, un producto de importación, cuyas raíces no se hallan en el Occidente liberal sino en la “barbarie asiática”. Pero el caso del historiador alemán es igualmente importante porque ha jugado el rol de precursor y porque la difusión de sus tesis en los años noventa revela el cambio del clima intelectual y político sobrevenido tras la caída del Muro. En la nueva coyuntura *post* 1989, sus ideas hallaron una acogida más favorable e hicieron camino, como lo demuestra por ejemplo el número de traducciones de su obra en diferentes países.

Nolte representa, decíamos, un caso extremo de revisionismo histórico, y algunas de sus ideas han encontrado resistencia incluso entre historiadores que parten de su orientación general. Así, por ejemplo, François Furet formuló sus reservas frente a la singular interpretación de la Shoah del historiador alemán,¹⁸ así como acerca de otros aspectos importantes. El historiador francés considera que la tesis, central en Nolte,¹⁹ según la cual el fascismo sería esencialmente una reacción al bolchevismo, "no explica sino una parte del fenómeno",²⁰ e insiste en "la autonomía política del fascismo con relación al bolchevismo" y, por tanto, en su "carácter endógeno" al interior de la cultura europea.²¹ Según Furet, fascismo y comunismo son "las dos caras de una crisis aguda de la democracia liberal, desencadenada con la guerra de 1914-1918".²² En cuanto al exterminio de los Judíos por los nazis, el historiador francés advierte a su interlocutor alemán que "Hitler no ha tenido necesidad del precedente soviético de la liquidación de los kulaks para proyectar, prever y recomendar la liquidación de los Judíos".²³ Pero sobre todo, Furet discute la idea de que existiera una relación de causa - efecto entre el Gulag y Auschwitz,²⁴ así como la tesis de las "motivaciones racionales" que habrían inspirado al antisemitismo hitleriano.²⁵ Aquél se rehusa igualmente, a propósito de la Shoah, a seguir a Nolte en el camino de abrirles crédito a los negacionistas (que el alemán llama "revisionistas") como Rassinier, Faurisson, Mattogno, cuyos argumentos deberían, según Nolte, ser tomados en serio ya que "el historiador sabe también que, en regla general, algunas de las tesis revisionistas han de terminar siendo admitidas por el *establishment* o, al menos, introducidas en el análisis".²⁶

Las objeciones formuladas por Furet en su correspondencia con Nolte arrojan luz sobre las diferencias significativas entre el historiador francés, que se inscribe en una tradición liberal democrática, y el historiador alemán, más influido por el nacionalismo y por autores como Martin Heidegger o Carl Schmitt, que se sitúan en las antípodas de tal tradición. En el caso de Nolte, las interpretaciones del nazismo y del comunismo están estrechamente ligadas; el primero se explica, en definitiva, como una reacción al segundo. Subrayaremos que el historiador alemán ha evolucionado mucho desde sus primeros trabajos im-

portantes de los años sesenta sobre los fascismos: varios aspectos de su primera interpretación han sido abandonados, al tiempo que otros han devenido centrales.²⁷ De ese modo, para el Nolte revisionista de los años ochenta y noventa, el fascismo es esencialmente una respuesta y una reacción al bolchevismo: en el origen de la violencia que ha caracterizado a los movimientos y regímenes fascistas estaría la violencia bolchevique. Es 1917, y no la Primera Guerra Mundial, la fecha que marcaría la ruptura decisiva y estaría en el origen de una guerra civil europea, luego mundial.²⁸ El concepto de guerra civil mundial o internacional es utilizado también por otros historiadores como clave de lectura del siglo XX, pero en general en el marco de una perspectiva bien diferente de la de Nolte. Eric Hobsbawm, por ejemplo, califica de "guerra civil ideológica a escala internacional" la confrontación que se esboza en los años treinta y que culmina en la Segunda Guerra mundial, pero apunta: "en esa guerra civil el enfrentamiento fundamental no era el del capitalismo con la revolución social comunista, sino el de diferentes familias ideológicas: por un lado los herederos de la Ilustración del siglo XVIII y de las grandes revoluciones, incluida, naturalmente, la revolución rusa; por el otro, sus oponentes. En resumen, la frontera no separaba al capitalismo y al comunismo, sino lo que el siglo XIX habría llamado "progreso" y "reacción", con la salvedad de que esos términos ya no eran apropiados".²⁹ En una perspectiva diferente, Dan Diner retoma él también la idea de una guerra civil mundial y considera el enfrentamiento entre el principio de libertad y el ideal de igualdad literalmente entendida como el eje central para interpretar el siglo XX, pero subraya que dos acontecimientos escapan a ese esquema: la alianza militar entre los angloamericanos y los soviéticos contra la Alemania hitleriana, y por otra parte el exterminio de los Judíos por los nazis por razones biológicas. Estos dos acontecimientos "no se adecuan a una visión histórica basada en la idea de una guerra civil planetaria entre valores e ideologías".³⁰ Durante la segunda guerra mundial se enfrentan una visión *biológica* del mundo con una interpretación *social* de la realidad. "Frente a la interpretación en términos biológicos de la realidad social, puesta en práctica por la supremacía nacionalsocialista, los protagonistas del antagonismo que antes había caracterizado al siglo XX

tendrán a bien suspender durante algún tiempo su rivalidad y oponerse a un fenómeno inconciliable con la cultura de las Luces. Durante un corto período de menos de cuatro años, dos visiones del mundo diametralmente opuestas se enfrentarán en los campos de batalla”.³¹ Para Diner, la guerra llevada a cabo por la Alemania nazi contra el bolchevismo fue una “guerra civil falsa” y en realidad “una guerra basada en una ideología racial que tenía como objetivos la sumisión y el aniquilamiento”.³²

Arno Mayer, otro autor bien alejado de las tesis de Nolte, ve en el período 1914-1945 una “guerra de los Treinta Años” moderna, en la que son confrontadas dos visiones del mundo, pero que comienza precisamente en 1914, es decir con la guerra mundial, y no con la revolución rusa, ésta también hija de esa guerra.³³

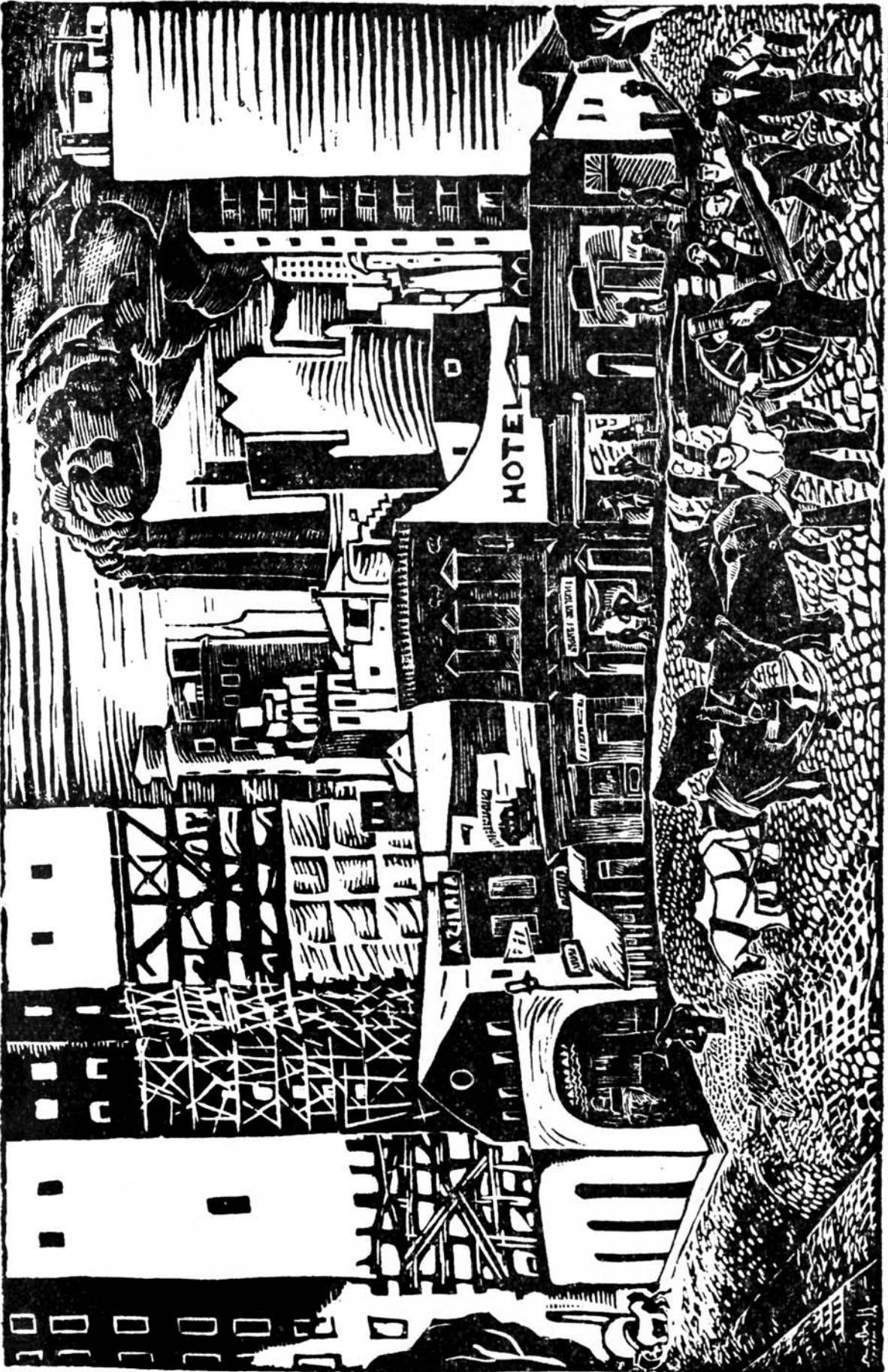
Como lo subraya Enzo Traverso, la interpretación que Nolte propone de la guerra civil invierte completamente la perspectiva histórica al situar a Alemania enteramente del lado de las víctimas, de modo que habría sido víctima de la amenaza bolchevique, primero, y de una guerra de exterminio encabezada por la Unión Soviética y por los aliados, después.³⁴ En efecto, el historiador conservador no vacila en hablar de genocidio a propósito de los bombardeos aliados a las ciudades alemanas, y de “limpieza étnica” con relación a la expulsión de las poblaciones alemanas instaladas al este de la línea Oder-Neisse, en los territorios que serían polacos al terminar la Segunda Guerra mundial.³⁵ La guerra desencadenada en 1941 contra la Unión Soviética es interpretada como una “guerra preventiva” —y, luego, en cierta manera, como una guerra defensiva, perfectamente legítima— contra una agresión soviética inminente. En este caso, Nolte no aporta tampoco elemento serio alguno en sostén de su tesis, la cual no ha encontrado apoyo entre la gran mayoría de los especialistas y ha sido refutada puntualmente.³⁶

Al igual que otros historiadores conservadores, pero en una forma más extrema, Nolte ha tenido la preocupación de “normalizar”, por decirlo de algún modo, la historia alemana y de dar definitivamente vuelta la página del nazismo y de sus crímenes: procurar que ese pasado termine verdaderamente de pasar y que la sombra de Auschwitz no sobrevuele más a Alemania. El principal

obstáculo para esta “normalización” lo constituye precisamente la memoria de la Shoah. No se lo puede superar o evitar más que tratando de quitar a ese acontecimiento del lugar central que ocupa en la historia del siglo XX y de presentarlo como una masacre entre otras (e incluso enteramente menos importante que otras). Si se adopta una visión puramente aritmética de las cosas, puede estimarse que las víctimas del estalinismo fueron más numerosas que las del nazismo. El hecho de que las lógicas operantes en los dos sistemas totalitarios hayan sido muy diferentes y que los campos de concentración no fueran lo mismo que los campos de exterminio (que, en tanto sitios destinados exclusivamente a la aniquilación, existieron solamente en el sistema nazi) es juzgado de orden secundario con respecto a las similitudes formales. Por supuesto, no todos los “revisionistas” llegan necesariamente tan lejos como Nolte ni adhieren necesariamente a la tesis del “genocidio preventivo”. No obstante, en su esquema interpretativo, la comparación, legítima, entre estalinismo y nazismo frecuentemente termina por tornarse en ventaja para el segundo, que aparece de algún modo como un mal menor con relación al mal absoluto representado por el estalinismo, o más generalmente, por el comunismo.

Renzo De Felice

En Italia, el problema del fascismo y de su interpretación ocupa desde hace tiempo un lugar central en los debates historiográficos, pero no ha sido nunca una simple cuestión historiográfica, destinada a ser debatida en el círculo restringido de los especialistas: por el contrario, aquél tuvo siempre implicancias políticas e identitarias importantes. El fascismo, en efecto, ha sido utilizado como una referencia negativa, y la Resistencia como otra positiva para la reconstrucción del sistema democrático y para la redefinición de la identidad nacional luego de la guerra. El antifascismo, en tanto que denominador común de fuerzas políticas con proyectos divergentes si no opuestos, había sido desde entonces un componente esencial del consenso político sobre el cual había estado fundada la Italia republicana. Esta situación explica por qué el debate sobre el fascismo, el antifascismo y la Resistencia no ha revestido nunca, en Italia, una postura exclusivamente científica.



Victor Rebuffo

Los historiadores considerados como “revisio-nistas” tienen la tendencia a rechazar un concep-to general de fascismo, que se aplicara tanto al fascismo italiano como al nazismo o a otras expe-riencias europeas. En cambio, ponen el acento en las diferencias entre el fascismo italiano y el nazis-mo así como en la naturaleza particular, “a la ita-liana”, del totalitarismo fascista. La comparación con el nazismo se convierte así en ventaja para el fascismo italiano, presentado a menudo como un régimen desde luego no democrático pero que ha tenido ciertamente numerosos aspectos positivos. Este camino es diferente de aquel que se observa en Alemania, donde los historiadores “revisio-nistas” se esfuerzan más bien por relativizar los crí-menes nazis al compararlos con los del régimen estalinista en la URSS. En los dos casos, sin em-bargo, se tiende a ignorar o a considerar secunda-rio lo que el fascismo italiano y el nazismo tienen en común y a olvidar que el primero sirvió de mo-delado, en muchos aspectos, al segundo. Es intere-sante señalar, por otro lado, que en su interpreta-ción del fascismo, los historiadores “revisio-nistas” adoptan una aproximación exactamente inversa a la que aplican al comunismo: mientras que éste último es considerado como un bloque, remisible a “un modelo único e inmutable, que no conoce desarrollos nacionales ni autónomos”³⁷, el fascis-mo, por el contrario, no existiría en tanto fenóme-no general, y sólo las diferencias son tomadas en cuenta. Por otra parte, los historiadores que se re-conocen en la teoría del totalitarismo con frecuen-cia reniegan de considerar como totalitario al fas-cismo italiano, aunque este último se haya reivin-dicado como tal abierta y explícitamente: prefieren hablar de una totalitarismo “parcial”, “inacabado”, incluso “a la italiana”.³⁸

Frente a las interpretaciones del fascismo italia-no que, al insistir en las diferencias con respecto al nazismo, terminan por componer una imagen relativamente benévola del mismo, adecuada al mito del “buen italiano”³⁹, Philippe Burrin ha ob-servado que sí, “según es evidente, los regíme-nes fascista y nazi no eran idénticos, no obstante “la cuestión pertinente a resolver es la de su pa-rentesco”. En efecto, haciendo a un lado las dife-rencias en el tema del racismo, “los dos regíme-nes compartían un proyecto político similar que apuntaba a la formación de una comunidad na-cional unitaria y conquistadora, ciegamente movi-

lizada detrás de un jefe absoluto. Un proyecto que, por su naturaleza y por los medios puestos en juego para su realización, habilita su califica-ción como regímenes totalitarios más que autori-tarios.⁴⁰ Si utilizamos el concepto de totalitarismo, no se entiende, de hecho, por qué razones no de-beríamos aplicarlo a la Italia fascista. Se puede preguntar además si no habría que renunciar al mismo para la Alemania nazi, como lo sugería implícitamente Ernst Fraenkel cuando subraya-ba, en 1941, la naturaleza dual del Estado nazi, en el seno del cual coexistían un sistema arbitra-rio (“el Estado discrecional”) basado en última instancia en la voluntad del Führer, y un sistema legal (“el Estado normativo”, con la propiedad privada, las leyes sobre los intercambios comer-ciales, los tribunales para hacer respetar los con-tratos, etc.), sin el cual el capitalismo privado no podía funcionar.⁴¹

Por todo cuanto se refiere al fascismo italiano, el debate historiográfico –inseparable del debate político– remite necesariamente a Renzo De Felice, especialista reconocido en el tema y autor de una monumental biografía de Mussolini.⁴² El his-toriador italiano, fallecido recientemente, ha re-chazado siempre considerarse como “revisio-nista”. Al final de su vida declaraba, en una conver-sación con el filósofo Norberto Bobbio, que “si es verdad que existe un revisionismo alemán, en el sentido de un conjunto de reinterpretaciones de la historia ideológica del siglo XX, no existe, en contrapartida, un revisionismo italiano. Estudiar el fascismo no tiene nada de revisionista.⁴³ Sin em-bargo, muchos de sus colegas, y no de los menos importantes, estiman que existe sin lugar a dudas un revisionismo histórico en Italia y llegan incluso a considerar a De Felice como uno de sus princi-pales inspiradores. Gianpasquale Santomassimo recuerda, por ejemplo, que “la implicación de De Felice al interior del revisionismo fue afirmada en primer lugar por los numerosos partidarios, histo-riadores y periodistas, que apelan a sus tesis. In-vocan a De Felice todos aquellos que en Italia se sitúan en la corriente revisionista, y por otro lado, cuando hoy se habla de *revisionismo historiográ-fico* se hace alusión sobre todo a la obra de Ren-zo De Felice y a las diferentes insinuaciones que aquélla ha esbozado”.⁴⁴ El revisionismo de De Fe-lice se manifestaría esencialmente en su tenden-cia a “matizar o negar la dimensión internacional

del fenómeno fascista", a "revalorizar positivamente determinados momentos y aspectos del régimen fascista" (presentado como "modernizante" y "dotado de un sentido del Estado"), y a "asignar una importancia más limitada al rol y al alcance del antifascismo en la historia de Italia".⁴⁵

Las tesis de De Felice permanecen en el centro de un amplio debate y han ejercido una influencia considerable sobre la opinión pública italiana, en particular porque fueron largamente retomadas en los medios de comunicación y terminaron, de ese modo, modelando el sentido común. De Felice, por otra parte, nunca se ha privado de ciertas formulaciones provocativas. Basta con citar, a modo de ejemplo, esta afirmación —contenida en *Rosso e nero*, libro-entrevista publicado poco antes de su muerte — a propósito del retorno al poder de Mussolini bajo protección alemana en 1943 en la parte de Italia ocupada por la Wehrmacht: "Mussolini retorna al poder para "ponerse al servicio de la patria", ya que solamente de esta manera podía impedir a Hitler que transformara Italia en una nueva Polonia, para hacer menos gravoso y trágico el régimen de ocupación.⁴⁶ Un lector inadvertido podría suponer que hay cierta ironía en el retrato del dictador italiano que "acepta el proyecto de Hitler empujado por una motivación patriótica: un verdadero "sacrificio" en nombre de la defensa de la Italia".⁴⁷ Se equivocaría: el historiador habla completamente en serio, y no parece ver ninguna contradicción entre esta afirmación y el hecho de escribir, algunas páginas más adelante, que "la creación de la República social italiana está en el origen de la guerra civil que ha ensangrentado al Norte "ocupado" y ha condicionado la futura historia de Italia."⁴⁸

El revisionismo italiano evita interrogarse sobre la responsabilidad del fascismo italiano en la deportación y el exterminio de los judíos,⁴⁹ de los que serían culpables exclusivamente los alemanes,⁵⁰ y prefiere atacar la centralidad de la Resistencia en la historia italiana. Después de haber jugado el papel de referencia identitaria y de mito fundador de la Italia republicana, la Resistencia ha terminado por ubicarse casi sobre el banquillo de los acusados.⁵¹ En efecto, para determinados periodistas e historiadores, la participación de los comunistas haría deslizar dudas sobre el carácter democrático de la Resistencia, así como del antifascismo en general.

Hablar de "debate historiográfico" a propósito de las discusiones en curso en Italia no es del todo apropiado, ya que, frecuentemente, las interpretaciones propuestas para los adeptos de este revisionismo no se basan en nuevas investigaciones o nuevas fuentes, sino que constituyen más bien el fruto de una relectura esencialmente ideológica de enunciados ya conocidos. Tras la aparición de la obra de Claudio Pavone sobre la Resistencia, intitulada *Una guerra civil*,⁵² ninguna obra comparable, por la amplitud de la documentación y la originalidad del análisis, ha visto la luz. Como lo señala Giorgio Rochat, "la reiteración de ataques contra la Resistencia que, de distintas maneras, ha caracterizado a la última década es puramente política, sin el sostén de una revisión historiográfica auténtica, es decir, efectuada sobre la base de investigaciones serias y documentadas".⁵³ Es sobre todo bajo la forma de artículos en la prensa, ensayos, emisiones de televisión, que es desarrollada una verdadera ofensiva revisionista. Se puede citar, por ejemplo, las intervenciones de Ernesto Galli della Loggia o de Sergio Romano, quienes escriben regularmente como editorialistas en la prensa y juegan el rol de formadores de opinión. En el prefacio de un libro de memorias de dos italianos que habían participado en la guerra civil española, uno del lado franquista y el otro del lado republicano, Sergio Romano no ha vacilado en justificar el levantamiento nacionalista contra la República al presentarlo como una respuesta al comunismo y a la violencia de los republicanos, ni en aprobar la elección de aquellos que marchaban al campo de batalla del lado franquista en una guerra que, según él, "había dejado de ser una guerra entre fascismo y antifascismo para convertirse en una guerra entre fascismo y comunismo".⁵⁴ En este tipo de argumentación, el hecho de que en 1936 el comunismo en España fuese un fenómeno absolutamente marginal es ignorado, como si no tuviera ninguna importancia: lo que cuenta, en efecto, no es la verdad histórica, sino la reescritura ideológica de los acontecimientos. Se descubre así, siembre bajo la pluma de Romano, que el general Franco no era fascista y que sus fechorías en España han sido de lejos menos graves que las de los dictadores comunistas en las "democracias populares". Esta toma de posición, que ha suscitado un vivo debate en la prensa italiana, puede ser considerada como representativa de la tendencia de cierto

revisiónismo histórico italiano a rehabilitar el fascismo, o al menos algunos de sus aspectos, en nombre de la lucha contra el comunismo.⁵⁵

En lo que concierne más específicamente a la Resistencia, “los puntos sobre los cuales se focaliza la polémica alcanzan el número de tres: la ‘contaminación’ de la coalición antifascista por la presencia del Partido Comunista, antifascista pero no democrático, que revela imposible la ecuación antifascismo/democracia; el carácter insuficientemente representativo del movimiento de resistencia, ampliamente minoritario, tanto con respecto a su adversario fascista pero más bien en relación con el conjunto de la sociedad italiana; el carácter instrumental del pacto entre los partidos del Comité de Liberación Nacional que apunta a resolver la crisis de 1943 en el marco de una perspectiva de poder exclusivamente, garantizando las posiciones de privilegio de los partidos que lo han suscrito. Se esgrimen, como se ve, apreciaciones vinculadas entre sí que tienden a negar radicalmente la legitimidad republicana”.⁵⁶

Otro tema destacado por los revisionistas italianos ha sido el de la “muerte de la patria”. A través de esa fórmula –tomada de la obra *De Profundis* (1980) del escritor Salvatore Satta – se quiere indicar que el derrumbe de la Italia fascista el 8 de septiembre de 1943 (cuando fuera proclamado el armisticio, al cual los alemanes reaccionan inmediatamente ocupando el país) habría infligido una herida irreparable a la identidad nacional. Ernesto Galli della Loggia ha desarrollado particularmente, en un libro y en varias intervenciones públicas, esta interpretación, uno de cuyos corolarios consiste en considerar como responsables de esta “muerte de la Patria” a los opositores al fascismo (por haber deseado la derrota de la Italia fascista en la guerra) e incluso a la Resistencia, culpable ella también de haber atentado contra la identidad nacional.⁵⁷ Se ha advertido, con justa razón, que si alguna patria estaba muerta el 8 de septiembre de 1943, era la patria fascista y monárquica, la que estaba lanzada en la aventura de la guerra, pero que esa fecha señalaba, por el contrario, el renacimiento de la patria liberal, democrática y antifascista.⁵⁸ No es por azar que los miembros de la Resistencia se definían a sí mismos como los “patriotas”. Pero es sobre todo contra el antifascismo que están concentrados los ataques de los revisionistas italianos. “Como

si –señala Mario Isnenghi – mientras que en Alemania *el pasado que no pasa es el nazismo*, en Italia en cambio, paradójicamente, se discutía lo mismo respecto del antifascismo”.⁵⁹ No obstante, este tema supera ampliamente el marco italiano y está ligado a la reinterpretación más general de la historia del comunismo que está siendo desarrollada desde 1989. François Furet, por ejemplo, consagra en su libro *Le passé d'une illusion* dos capítulos enteros al antifascismo, que él considera esencialmente como un producto de la estrategia comunista.⁶⁰ Para Nolte, del mismo modo, el antifascismo no ha sido otra cosa que la máscara del totalitarismo estalinista. Tanto uno como el otro ignoran deliberadamente la existencia, al lado del antifascismo comunista, de un antifascismo democrático (como por otra parte el de un antifascismo comunista hostil al estalinismo)

Conclusiones

Acabamos de pasar revista a algunas de las facetas del “revisiónismo” histórico en Alemania y en Italia. Más allá de la diversidad del fenómeno, se observan ciertos rasgos comunes. En primer lugar, se agitan determinados intentos de reescribir la historia del siglo XX a partir de postulados esencialmente ideológicos. Descartando toda pretensión de neutralidad axiológica, aquéllos se presentan como interpretaciones militantes, que tienen en común el hecho de considerar al comunismo como el mal absoluto del siglo. Algunas de estas interpretaciones salieron a la luz aún antes de 1989, pero la caída del comunismo les dio un impulso y una fuerza nuevas, al proyectarlas al primer plano de la escena mediática y política. El eco obtenido por las tesis de Nolte en los años noventa es un síntoma de este cambio del clima político y cultural. Los debates desarrollados constituyen sólo parcialmente discusiones historiográficas en sentido estricto, entre especialistas, a partir de nuevas fuentes o de nuevos interrogantes, en la medida en que involucran también problemas de la memoria colectiva y del uso público (y político) de la historia. En efecto, como lo señala Giovanni Levi, la memoria es también ella transformada, por un lado, al dilatarse hasta provocar “una saturación que obstaculiza el juicio y la crítica”, y por el otro, al fragmentarse e individualizarse.⁶¹ “Es, por tanto, una memoria individualizada, llena de información, pero fragmenta-

da, la que los historiadores encuentran entre sus lectores; una memoria que tiende a simplificar, a estereotipar, y que expresa una sociedad dividida que ha diluido toda significación compleja de la memoria colectiva, o mejor dicho, que es sensible a formas simplificadas de representación del pasado, hechas de slogans y de mitos vaciados de contenidos reales, pero que no son por ello menos poderosos o movilizantes o, por el contrario, menos paralizantes".⁶²

La utilización política del pasado también ha cambiado. El uso didáctico de la historia parece superado. Enzo Collotti constata, en un artículo reciente, la "fragmentación del discurso histórico" y un cambio radical en la relación entre historiografía y política, como si, por parte de los hombres políticos, hubiera desaparecido todo interés en extraer de la experiencia histórica indicaciones para su política.⁶³ El autor ve desaparecer en la conciencia pública "toda atención por los criterios fundamentales de la evaluación histórica", al tiempo que se realiza "una transformación radical no sólo de los paradigmas historiográficos sino también de los parámetros de la conciencia histórica".⁶⁴ Al igual que Giovanni Levi, insiste en el rol central de la prensa y, sobre todo, de la televisión en la difusión de un revisionismo histórico que forja de ahora en más el sentido común sin que los historiadores profesionales tengan la posibilidad de replicar y de hacerse entender. En el mismo sentido, Giovanni De Luna constata que "los medios de comunicación masiva se filtran tan profundamente en la comunidad científica que terminan constituyendo en adelante las infraestructuras de base, sustituyendo en ello a los circuitos académicos e institucionales", lo que modifica profundamente el oficio mismo del historiador.⁶⁵

El debate histórico transcurre cada vez más en los periódicos y en la televisión, sitios de todas las simplificaciones y todos los estereotipos. Es allí básicamente donde se practica el uso político de la historia,⁶⁶ pero bajo una forma particular, que ha sido bien analizada por Giovanni Levi: "Los revisionismos de hoy —escribe— no han apuntado a revalorizar determinados movimientos o personalidades o determinados períodos, sino a devaluar el pasado. El argumento común ha consistido en reflejar iguales y negativas a ambas partes en conflicto. Al entablar una guerra justa pero ambigua contra las lecturas maniqueas de la historia, se ha demostrado lo que había de negativo incluso en aquello que había parecido

innovador. No es revalorizando el nazismo que Nolte ha defendido sus tesis, ni revalorizando el fascismo que se han señalado las violencias de los partisanos durante y después de la Resistencia. La imagen del pasado resultante no es la de una interpretación invertida, sino la de una nivelación de posiciones, presentadas todas como negativas. El pasado es cargado de oprobio."⁶⁷ Su conclusión es que "la historia es manipulada e instrumentalizada mientras que la voz de los historiadores deviene borrosa y lejana. Ni la memoria fragmentada, ni la escuela, ni los medios de comunicación de masas pueden considerar sus procedimientos lentos e inciertos."⁶⁸

Las observaciones arriba formuladas conciernen principalmente a la situación italiana que, al momento actual, es probablemente la que merece la mayor atención. La concentración de todos los medios audiovisuales en las manos de un solo hombre, resultado de las últimas elecciones legislativas en Italia, dará seguramente un nuevo impulso a este "revisionismo" histórico que va camino de imponer —y que en parte ha impuesto ya, en el gran público— una nueva versión de la historia de Italia. Pero los problemas que pueden observarse a nivel macro en el caso italiano se reconocen también en otras partes. El estado de incertidumbre, la pérdida de puntos de referencia, la mutación de la relación entre el historiador y su público, la crisis de la historia evocada por Giovanni Levi, no son fenómenos solamente italianos. Se podría, de hecho, extender el discurso a las ciencias sociales en general, donde las incertidumbres prevalecen de ahora en más sobre las certezas anteriores: como lo indica Jacques Revel, "los grandes paradigmas unificadores que habían servido de arquitectura englobante a las ciencias sociales se han desplomado".⁶⁹ En esta situación, los historiadores no pueden proporcionar certidumbres completamente acabadas. Lo que pueden y deben hacer es continuar la tarea evitando las simplificaciones y los extravíos ideológicos. "Es tiempo de que los historiadores recuperen el espacio que han abandonado, por culpa de ellos mismos, a los ideólogos y a los polemistas de profesión."⁷⁰

[Traducción: Laura Ehrlich de *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, n° 68, octubre-diciembre 2002, publicación de la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC), Nanterre.]



Dirk Kerst Koopmans

- 1 François Furet, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, París, R. Laffont-Calmann-Lévy, 1995, p. 808. [La traducción de la cita está tomada de la edición castellana : François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 570. N de T.]
- 2 Giovanni Levi, "Le passé lointain. Su l'usage politique de l'histoire", en François Hartog et Jacques Revel (dir.), *Les usages politiques du passé*, París, Editions de la MSH, 2001, p.26 [Excepto indicación en contrario, la traducción de las citas es nuestra. N. de T.]
- 3 Claudio Pavone, "Negazionismi, rimozioni, revisionismi: storia o politica?", en Enzo Collotti (dir.), *Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni, negazioni*, Roma-Bari, Laterza, 2000, p.16
- 4 Jürgen Kocka, "Staline et Pol Pot ne doivent pas servir à refouler Hitler. Les tentatives de certains historiens allemands de relativiser la monstruosité des crimes nazis", in *Devant l'histoire. Les documents de la controverse sur la singularité de l'extermination des Juifs par le régime nazi*, París, Les Éditions du Cerf, 1988, p. 109
- 5 G. Levi, *op. cit.*, p. 26. Véase a propósito del uso político de la historia, sobre todo en los medios de comunicación, el artículo de Marcello Flores en el mismo número de *Matériaux* en que se publica el presente artículo.
- 6 C. Pavone, *op. cit.*, p. 16. Pavone añade "sobre todo los historiadores italianos"
- 7 Típica de estas interpretaciones fuertemente ideológicas es la reducción de la historia del comunismo a la de una aventura criminal, como lo hace Stéphane Courtois en su introducción al *Livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression*. París, Laffont, 1997 [Hay edición castellana: *El libro negro del comunismo*, Barcelona, Planeta, 1998. N. de T.]
- 8 Enzo Traverso, "Acerca del anticomunismo. Una relectura de la historia del siglo XX según Nolte, Furet y Courtois", en Pablo M. Dreizik (dir.), *La memoria de las cenizas*, Buenos Aires, Patrimonio Argentino, 2001, p.41
- 9 Domenico Losurdo, *Il revisionismo storico. Problemi e miti*, Roma – Bari, Laterza, 1997; Pier Paolo Poggio, *Nazismo e revisionismo storico*, Roma, Manifestolibri, 1997
- 10 Cfr. Gustavo Corni, "Historikerstreit e dintorni", *Passato e Presente*, n. 16, 1988, p. 22
- 11 Los principales documentos de esta "controversia de los historiadores" (*Historikerstreit*) han sido traducidos al francés con el título *Devant l'histoire. Les documents de la controverse sur la singularité de l'extermination des Juifs par le régime nazi*, París, Les Éditions du Cerf, 1988
- 12 La recepción de Nolte en Francia ha sido impulsada, continuando el camino abierto por Furet y tras el éxito del *Livre noir du communisme*, por Stéphane Courtois, quien ha prologado la traducción del libro de Nolte *La guerre civile européenne, 1917-1945*, París, Editions des Syrtés, 2000 [Hay edición castellana: Ernst Nolte, *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacional-socialismo y bolchevismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994. N. de T.]
- 13 Pier Paolo Poggio, "La ricezione di Nolte in Italia", en E. Collotti (dir.), *Fascismo e antifascismo*, *op. cit.*, pp. 377-413. Véase también *Ibid.*, *Nazismo e revisionismo storico*, *op. cit.*
- 14 "El 'archipiélago Gulag', ¿no es más original que Auschwitz? El asesinato por un criterio de clase perpetrado por los bolcheviques, ¿no es el precedente lógico y fáctico del asesinato por criterio de raza cometido por los nazis?", escribe Nolte, para concluir que "existe verosimilmente entre ellos [entre los dos tipos de asesinato, por razón biológica y por razón social] un lazo de causalidad", Ernst Nolte, "Un passé qui ne veut pas passer", en *Devant l'histoire*, *op. cit.*, pp. 33-34. Cfr. también E. Nolte, *La guerre civile européenne*, *op. cit.*
- 15 Véase los textos de la *Historikerstreit* reunidos en *Devant l'histoire*, *op. cit.* George Mosse, por ejemplo, en una entrevista del *Corriere della Sera* del 20 de febrero de 1987, ha juzgado "absurdo y antihistórico" el paralelismo entre los campos de exterminio y el Gulag, paralelismo que apunta "a minimizar las responsabilidades de Alemania", y ha definido a Nolte como "un extremista aislado". Lorenzo Cremonesi, "Hitler e Stalin: due massacri a confronto".
- 16 Por ejemplo, Hans Ulrich Wehler, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum "Historikerstreit"*, Munich, C. H. Beck, 1988
- 17 Ian Kershaw, *Hitler, 1889 – 1936*. Hybris, París, Flammarion, 1999, p. 239 [Hay edición castellana: Ian Kershaw, *Hitler, 1889 - 1936*, Barcelona, Península, 2002. N. de T.]
- 18 François Furet, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*, París, Robert Laffont – Calmann – Lévy, 1995, p. 195
- 19 Furet nota justamente que Nolte hace suya, en este punto, la interpretación marxista-leninista: "la definición del fascismo como movimiento reactivo a la revolución bolchevique es fundamental en el análisis marxista-leninista como en la suya", François Furet, Ernst Nolte, *Fascisme et communisme*, París, Hachette, 2000, p.64. [Hay edición castellana: Furet, F., Nolte, E., *Fascismo y comunismo*, México - Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998. N. de T.]
- 20 *Ibid.*, p. 42. Furet apunta: "al asignar una significación no sólo cronológica sino causal a la anterioridad del bolchevismo respecto del fascismo, usted se expone a la acusación de querer disculpar, de alguna manera, al nazismo".
- 21 F. Furet, E. Nolte, *Fascisme et communisme*, *op. cit.*, p. 66 y también p. 69. Para Furet, los orígenes del nazismo son "más antiguos y más específicamente alemanes que la hostilidad al bolchevismo", p. 43
- 22 *Ibid.*, p. 62. Furet rechaza la interpretación de Nolte respecto de la Acción Francesa como movimiento de tipo fascista, y de Maurras como un precursor del fascismo. Maurras encarna, según Furet, la tradición contrarrevolucionaria francesa, pero por esta misma razón es "extraño al espíritu del fascismo, que es revolucionario, orientado hacia una sociedad fraternal que está por construirse, y no a la melancolía del mundo jerárquico", p. 139

- 23 *Ibid.*, p. 70.
- 24 *Ibid.*, p. 42. Véase la repuesta de Nolte, que no se destaca por su claridad en la p. 53.
- 25 *Ibid.*, p. 42.
- 26 *Ibid.*, p. 89. Véase la respuesta de Furet en p. 111, donde, entre otros, emplea el término ‘negacionistas’ indicando: “yo prefiero este término a aquél de “revisionistas”, puesto que el saber histórico procede por revisiones constantes de interpretaciones anteriores”, p. 111.
- 27 Cfr. D. Losurdo, *Il revisionismo storico. Problemi e miti*, *op. cit.*, pp. 199-205.
- 28 Sobre el concepto de guerra civil internacional, tal como es utilizado por Nolte, y sobre la influencia de Carl Schmitt en las formulaciones del historiador alemán, véase particularmente D. Losurdo, *op. cit.*, cap. 3. Las tesis de Nolte sobre la guerra civil están formuladas principalmente en su obra *La guerre civile européenne; Id., Weltbürgerkrieg 1917-1989?*, 1990 (trad. italiana *Dramma dialettico o tragedia? La guerra civile mondiale e altri saggi*, Perugia, Settimo Sigillo-University Press, 1994); *Id., Gli anni della violenza. Un secolo di guerra civile ideologica, europea e mondiale*, Milán, Rizzoli, 1995. Los años de publicación de las traducciones italianas indican claramente que la influencia de Nolte ha sido más temprana en Italia que en Francia.
- 29 Eric Hobsbawm, *L'age des extremes. Le court XXe siècle 1914-1991*, Bruselas, Editions Complexe – Le Monde Diplomatique, 1999, p. 197. [La traducción de la cita está tomada de la edición castellana: Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 150. N. de T.]
- 30 Dan Diner, *Raccontare il Novecento. Una storia politica*, Milán, Garzanti, 2001 (edición original: *Das Jahrhundert verstehen. Eine universalhistorische Deutung*, Munich, Luchterhand, 1999), p. 51.
- 31 D. Diner, *op. cit.*, pp. 51 y ss.
- 32 D. Diner, *op. cit.*, p. 60.
- 33 Arno J. Mayer, *La “Solution finale” dans l’Histoire*, París, La Découverte, 1990, pp. 50-51.
- 34 E. Traverso, *op. cit.*, p. 51. En el mismo sentido Saul Friedländer, “A conflict of memories? The new German debates about the ‘Final Solution’” en *Memory, History, and the Extermination of the Jews f Europe*, Bloomington, Indiana University Press, 1993, pp. 4-35.
- 35 E. Nolte, *La guerre civile européenne, op. cit.* pp. 542-543
- 36 Cfr. B. Pietrow, “Deutschland im Juni 1941: ein Opfer sowjetischer Agression? Zur Kontroverse über die Präventivkriegsthese”, *Geschichte und Gesellschaft*, vol. 14, 1988, n. 1.
- 37 Gianpasquale Santomassimo, “Il ruolo di Renzo De Felice”, en E. Collotti (dir.), *Fascismo e antifascismo, op. cit.*, p. 424.
- 38 Por ejemplo Renzo De Felice, *Le fascisme: un totalitarisme à l’italienne?*, París, Presses de la FNSP, 1988, con un prefacio de Pierre Milza.
- 39 Véase para ese tema, David Bidussa, *Il mito del bravo italiano*, Milán, Il Saggiatore, 1994.
- 40 Philippe Burrin, *Fascisme, nazisme, autoritarisme*, París, Seuil, 2000, pp. 12 y 13.
- 41 Ernst Fraenkel, *The dual state: a contribution to the theory of dictatorship*, Nueva York, Oxford University Press, 1941. En el caso alemán también se podría entonces hablar, como lo hacía Fraenkel, de un totalitarismo “inacabado”
- 42 En Francia ha sido poco traducido y su obra es por tanto conocida solamente de manera indirecta o por los especialistas que leen italiano. Puede mencionarse, en este punto, que la mayoría de los autores italianos que intervienen en el debate en torno al fascismo y el antifascismo o el comunismo –Claudio Pavone, Nicola Tranfaglia, Ernesto Galli Della Loggia, Enzo Collotti, etc.- no han sido traducidos al francés. En Italia, por el contrario, se ha traducido rápidamente a autores como Furet y Nolte.
- 43 Norberto Bobbio, Renzo De Felice, “La memoria divisa che ci fa essere anomali”, diálogo tra N. B. e R. D. F., en Norberto Bobbio, Renzo De Felice, Gian Enrico Rusconi, *Italiani, amici nemici*, Milán, Reset, 1996, p.27.
- 44 G. Santomassimo, *op. cit.*, pp. 418-419.
- 45 *Ibid.*, p. 420.
- 46 Renzo De Felice, *Rosso e nero*, a cura di Pasquale Chessa, Milán, Baldini & Castoldi, 1995, p. 114.
- 47 *Ibid.*, p. 114.
- 48 *Ibid.*, p. 109. No se comprende por qué De Felice pone entre comillas “ocupado”. El Norte estaba completamente ocupado por las tropas alemanas, a las cuales los soldados de la República Social Italiana, armados por los alemanes, servían de reservistas en la lucha contra la Resistencia.
- 49 Cfr. Enzo Collotti, “Il razzismo negato”, en E. Collotti (dir.), *Fascismo e antifascismo, op. cit.*, pp. 355-375. Este tema, al que De Felice había consagrado uno de sus primeros libros (*Storia degli ebrei italiani sotto il fascismo*, Turín, Einaudi, 1961), ha sido objeto de importantes trabajos por Michele Sarfatti (*Mussolini contro gli ebrei. Cronaca dell’elaborazione delle leggi del 1938*, Turín, Zamorani, 1994; *Gli ebrei nell’Italia fascista. Vicende, identità, persecuzione*, Turín, Einaudi, 2000).
- 50 La tendencia a atribuir a los alemanes las responsabilidades que son también del fascismo y, más ampliamente, de los italianos está muy presente en Italia. Vittorio Foa señala: “Los alemanes se han convertido, de este modo, en una gran fuente de tranquilidad para nuestra conciencia” (Vittorio Foa, *Questo Novecento*, Turín, Einaudi, 1996, p. 145). Foa apunta también, a propósito de la entrada de Italia en la guerra: “Aquéllos que justifican a Hitler lo presentan como una simple réplica al bolchevismo y por tanto dependiente de este último, aquéllos que justifican a Mussolini lo presentan como “diferente” de Hitler: aquél no era antise-

mita, no quería entrar en la guerra al lado de los alemanes, no entra más que para frenar a Hitler, para impedirle triunfar tan fácilmente. Luego se dirá que Mussolini entra en la guerra por sugerencia (o eventualmente por la orden) de los ingleses y los americanos" (p. 154).

51 Cfr. sobre este punto las reflexiones de Giorgio Rochat, "La Resistenza", en E. Collotti (dir.), *Fascismo e antifascismo*, *op. cit.*, pp. 273-292, en particular pp. 286-290.

52 Claudio Pavone, *Una guerra civile 1943-1945. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991.

53 G. Rochat, *op. cit.*, p. 287.

54 Introducción de Sergio Romano a Nino Isaia e Edgardo Sogno, *Due fronti. La guerra di Spagna nei ricordi personali di opposti combattenti di sessant'anni fa*, Florencia, Liberal Libri, 1998, p. XIII.

55 Cfr. también el comentario de Giovanni Levi sobre este episodio en *op. cit.*, pp. 27-28.

56 Massimo Legnani, "Resistenza e repubblica. Un dibattito ininterrotto", *Italia contemporanea*, nº 213, diciembre de 1998, p. 827. En esta puesta en tela de juicio de la Resistencia De Felice ha jugado un rol importante también por su "rechazo *a priori* de toda la historiografía existente, liquidada en bloque como 'vulgata resistencialista' ", G. Rochat, *op. cit.*, p. 288.

57 Ernesto Galli della Loggia, *La morte della patria*, Roma – Bari, Laterza, 1996. Sobre este debate véase, sobre todo, Mario Isnenghi, "La polemica sull'8 settembre e le origini della Repubblica", en E. Collotti (dir), *Fascismo e antifascismo*, *cit.*, pp. 241-272.

58 Giorgio Rochat, "La Resistenza", *ibíd.*, pp. 291 y ss.

59 M. Isnenghi, *op. cit.*, p. 270. Cfr. también Leonardo Rapone, "Antifascismo e storia d'Italia", *ibíd.*, pp. 219-239.

60 Cfr. Sobre este punto Bruno Groppo, "Fascismes, antifascismes et communismes", en *Le siècle des communismes*, París, Les Éditions de l'Atelier, 2000, pp. 499-511.

61 G. Levi, *op. cit.*, p. 31.

62 G. Levi, *op. cit.*, p. 33.

63 Enzo Collotti, "La banalizzazione della storia", *La rivista del Manifesto*, febrero 2001, p. 50.

64 *Ibíd.*, p. 49.

65 Giovanni De Luna, "Il presente come antistoria", *La rivista del Manifesto*, febrero 2001, p. 51.

66 Nicola Gallerano, *L'uso pubblico della storia*, Milán, Angeli, 1995.

67 G. Levi, *op. cit.*

68 *Ibíd.*

69 Jacques Revel, "Histoire et sciences sociales: une confrontation instable", en *Passés recomposés*, *cit.*, p. 80. Cfr. también el número de *Annales* sobre "Histoire et sciences

sociales", *Annales E.S.C.*, vol. 44, nº 6, noviembre – diciembre 1989 y Roger Chartier, "Le temps des doutes", *Le Monde* (Supplément "Pour comprendre l'histoire"), 18 de marzo 1993.

70 L. Rapone, *op. cit.*, p. 238.

La «desaparición». Los historiadores alemanes y el fascismo

Enzo Traverso



Kras

Puesto que el problema del comparativismo histórico está en el centro de esta jornada de estudios,¹ me gustaría evocar el recuerdo de un investigador que en cierta forma lo ha encarnado: Timothy Mason. Una de sus últimas contribuciones, que data de 1988, se titula “¿Qué le ocurrió al «fascismo»?” y subraya una tendencia que se acentuó en el curso del siguiente decenio: la desaparición del concepto de fascismo en la historiografía alemana.² Quisiera centrar mi reflexión sobre este tema.

Cuatro grandes debates han marcado las dos últimas décadas: el *Historikerstreit*, en 1986-1987; la correspondencia entre Martin Broszat y Saul Friedländer, un año más tarde; la querrela en torno del libro de Daniel J. Goldhagen sobre los “verdugos voluntarios de Hitler”, a mediados de los años noventa; finalmente las polémicas, esta vez internas a la disciplina histórica y puramente “germano-alemanas”, suscitadas por el *Historikertag* de 1998.

En primer lugar, el *Historikerstreit*, en 1986-1987, desencadenado por las tesis de Ernst Nolte sobre el pasado alemán “que no quiere pasar”. Su interpretación del nazismo como reacción a la revolución rusa de 1917 y sobre todo su visión del *judeicidio* como “copia” de un “genocidio de clase” perpetrado por los bolcheviques en el curso de la guerra civil posterior a la revolución de Octubre, han sido el objeto de polémicas bien conocidas. Nolte ha sido acusado, con justa razón, de haber soslayado las raíces alemanas del nazismo al reducir sus crímenes a la categoría de derivados, por cierto lamentables, de una lucha por la supervivencia del amenazado Occidente, en el fondo, justificada. Jürgen Habermas ha sido el principal antagonista del historiador de Berlín, a quien ha tachado de haber hallado así una manera cómoda de “liquidar los daños”, de “normalizar” el pasado y de disolver la responsabilidad histórica de los crímenes del nacional-socialismo.³

Un año más tarde tenía lugar, al amparo de los folletines de la prensa diaria y de la pantalla de televisión, un debate metodológico destinado a tener un impacto muy fuerte en los medios de investigación. Publicada casi simultáneamente en alemán y en inglés, la correspondencia entre Martin Broszat y Saul Friedländer abordó la espinosa cuestión de la posibilidad y de los límites de una historización del nazismo, revelando a la vez

la fecundidad del diálogo y las diferencias de aproximación que derivaban de dos puntos de vista distintos: el de un historiador alemán y el de un historiador judío.⁴ Subrayo esta diferencia, que constituye uno de los aspectos centrales de su correspondencia, no con el fin de “etnizar” el debate, sino para recordar las diferentes perspectivas epistemológicas que subyacen a la “posición” del historiador (lo que Karl Mannheim habría llamado su *Standort*), es decir, a su inserción en un contexto específico social, político, cultural, nacional y *de la memoria*.

A mediados de los años noventa, la obra del politólogo norteamericano Daniel Goldhagen suscita, más allá de los medios universitarios, un vasto debate público sobre la relación de la sociedad alemana con el régimen nazi y sobre el grado de implicación de los alemanes “corrientes” en la puesta en práctica de sus crímenes. Si la tesis de Goldhagen dirigida a presentar el genocidio judío como una empresa colectiva, hasta como un “proyecto nacional” alemán, ha sido objeto de sólidas críticas, cuando no de una verdadera demolición —en gran medida justificada— por la mayor parte de los historiadores, ha representado también un momento importante en la confrontación de la Alemania unificada con el pasado nazi y en la formación de una conciencia histórica, en particular entre los jóvenes, en el centro de la cual se inscribe la memoria de Auschwitz.⁵

En 1998 el tradicional encuentro de los historiadores alemanes, que tiene lugar cada dos años, ha estado marcado por debates muy intensos referidos al pasado de su disciplina. El compromiso, incluso la adhesión abierta al régimen nazi de ciertas figuras líderes de la historiografía de la posguerra como Werner Conze y Theodor Schieder, los antiguos maestros de varios investigadores que hoy dominan la disciplina, han sido objeto de informes y de críticas muy severos.⁶ Este congreso ha diseñado el perfil de una nueva generación —en el sentido histórico y no simplemente cronológico del término, según la definición de Mannheim— aparecida durante la última década (o incluso antes, como es el caso de uno de los portavoces de la oleada contestataria, Götz Aly, que sin embargo había sido marginado o excluido de la corporación de historiadores hasta entonces, al menos en el plano institucional).⁷ En cierta forma era inevitable que, después de haber

sido uno de los vectores privilegiados en la elaboración de una conciencia histórica y en el desarrollo de un vasto debate social sobre el uso público de la historia, la comunidad de historiadores fuera llevada a volver su atención sobre su propio itinerario y a proceder, muy honesta y por lo tanto también muy dolorosamente, a su propia auto-crítica. Hemos asistido a una identificación completa del juez y del historiador, en un proceso donde los historiadores se erigieron en jueces de sus ancestros y de su propia historia.⁸

Estas cuatro controversias presentan por cierto características profundamente diferentes: dos grandes debates de la sociedad que han rebasado ampliamente las fronteras de una disciplina científica (el *Historikerstreit* y el *affaire Goldhagen*), una reflexión metodológica sobre la interpretación de un pasado que se sustrae a los procedimientos tradicionales de la historización (la correspondencia Broszat - Friedländer), finalmente una crisis de identidad interna a una comunidad intelectual. Bien miradas, sin embargo, las tres primeras controversias, que constituyen también la premisa y la base sobre la que se ha desarrollado la cuarta, giran alrededor de una misma cuestión: la *singularidad histórica* del nazismo y de sus crímenes.⁹ El reconocimiento de esta singularidad es en lo sucesivo el postulado implícito de la mayoría de las investigaciones sobre el nazismo. No se trata aquí de volver a considerar esta singularidad, que admito por mi parte y que me parece una adquisición importante de la historiografía de estos últimos veinte años. Lo que quisiera subrayar, por el contrario, es su corolario, es decir, las consecuencias problemáticas, algunas veces inquietantes, que han acompañado el desenvolvimiento de este reconocimiento. A la cabeza de esas derivaciones negativas habría que registrar la desaparición –que evoqué al principio– del concepto de fascismo.

Se tiene la impresión, sobre esta cuestión crucial, que todos están alineados silenciosamente pero firmemente del lado de Karl Dietrich Bracher, el historiador liberal-conservador que siempre ha rechazado esta noción con la mayor coherencia. Desde hace más de cuarenta años, Bracher opone su visión “totalitaria” de la Alemania nazi a las diferentes teorías del fascismo, una categoría que sólo designa en su opinión a la Italia de Mussolini.¹⁰ Algunos de sus discípulos, como Hans-

Helmut Knütter, se rehúsan también a atribuir al fascismo el status de concepto (*Begriff*), reduciéndolo a una simple “consigna” (*Schlag-wort*), a una ideología y a una herramienta de propaganda. Esta actitud no es novedosa.¹¹ Lo que es nuevo, por el contrario, es la adhesión a esta posición de los historiadores y de los politólogos procedentes de la izquierda, como por ejemplo Wolfgang Kraushaar o Dan Diner. El primero ahora defiende la idea de una antinomia conceptual entre el totalitarismo y el fascismo.¹² El segundo ha publicado recientemente una ambiciosa e interesante tentativa de “comprensión” del siglo XX (*Das Jahrhundert verstehen*) en la cual no recurre casi nunca a la noción de fascismo.¹³ El nacional-socialismo aparece en este libro como un fenómeno exclusivamente alemán, completamente distinto e independiente del fascismo italiano tanto en su contenido como en su forma, imposible de ser reducido a un fenómeno fascista de alcance europeo. Son escasos los historiadores que continúan utilizando la noción de fascismo; la mayoría de ellos proceden de la escuela histórica de la antigua RDA, como Kurt Pätzold, o son “electrones libres” procedentes de la izquierda alemana occidental, como Wolfgang Wippermann.¹⁴ Es significativo constatar que la única obra hoy disponible en Alemania sobre los fascismos sea traducida del polaco: *Schulen des Hasses*, de Jerzy W. Borejsza.¹⁵ Otro signo revelador de esta mutación en el paisaje intelectual es el abandono de la noción de fascismo por uno de aquellos que más habían contribuido a su difusión: Ernst Nolte. Devenido célebre, a comienzos de los años sesenta, gracias a un libro ambicioso y notable en el que interpretaba al fascismo como un fenómeno europeo del que analizaba tres variantes principales –el régimen de Mussolini en Italia, el nacional-socialismo alemán y la Acción Francesa–, hoy prefiere calificar al nacional-socialismo de totalitarismo, del que ha intentado dar una explicación “histórico-genética”.¹⁶

Las razones de un eclipse

En el origen de este “ostracismo” conceptual –una ausencia que no es un olvido sino un ocultamiento consciente, un poco como la “carta robada” de Edgar Allan Poe o la “desaparición” de Georges Perec– hay seguramente muchos factores. Quisiera resaltar aquí al menos cuatro, liga-



José Planas Casas

dos tanto a la evolución intrínseca de la investigación histórica como a una mutación del *Zeitgeist*, a un cambio del clima político y cultural de Alemania.

1. En el plano estrictamente científico, es evidente que las teorías clásicas del fascismo, la mayoría de las veces inspiradas en el marxismo, han mostrado todas ellas sus limitaciones. Difícilmente podría satisfacer hoy una explicación del nazismo como expresión, conforme a la fórmula canónica, de los sectores más agresivos del gran capital y del imperialismo alemán, o de la misma manera, en términos más matizados, como resultado de una correlación de relaciones de fuerzas entre las clases. Los límites de tal lectura son desde ahora reconocidos aunque –dicho sea de paso– las interpretaciones marxistas, poco frecuentes en nuestros días, sean generalmente mucho más ricas y complejas de lo que se piensa (los marxistas están entre los primeros en haber hablado del fascismo en términos de totalitarismo, de policracia, de carisma, de psicología de masas, etc.).¹⁷ Un simple y puro abandono de toda dimensión de clase en el análisis del nazismo corre el riesgo además de conducir a un atolladero tan grande como una lectura en términos rigurosamente “clasistas”. Aunque nadie podría pretender seriamente que las cámaras de gas correspondieron a un designio del capitalismo monopolista alemán, la implicación de este último en el sistema concentracionario nazi es incontestable, al igual que el sostén de las elites alemanas al régimen nazi prácticamente hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial.

2. Por otra parte, la investigación ha echado luz sobre las diferencias entre el fascismo italiano y el nacional-socialismo, sobre todo en el plano de la ideología. El antisemitismo, que ocupa un lugar central en la visión del mundo y en la política nazi, permanece ausente del fascismo hasta 1938. Dicho de otro modo, es introducido sólo dieciséis años después de la llegada de Mussolini al poder. De una manera más general, las matrices culturales del fascismo italiano (la presencia en sus orígenes de un componente “de izquierda”), su exaltación del Estado “totalitario” (en lugar de la *völkische Gemeinschaft*) e incluso su definición del nacionalismo (más espiritualista que biológica) revelan diferencias tan profundas con el nacional-socialismo que una visión monolítica del fascismo como fenómeno ho-

mogéneo del que las variantes nacionales sólo serían superficiales y accesorias, aparece forzosamente discutible.¹⁸

3. Si estas lagunas y limitaciones objetivas han favorecido una reconsideración del concepto de fascismo, un factor poderoso que ha determinado su eclipse es de naturaleza esencialmente política. La noción de fascismo era un dogma para la escuela histórica de la RDA, en un contexto en el que eran muy delgadas las fronteras entre la investigación y la ideología, entre la interpretación del pasado y la apología del orden dominante. Después de la reunificación, esta noción ha desaparecido siguiendo a la demolición, en el sentido literal del término, de la escuela histórica que la defendía. Este proceso ha estado acompañado en primer lugar por la reconsideración, y luego, por el rechazo radical de otra noción, la de antifascismo, en un país donde este último aparecía mucho más como una ideología de Estado que como la herencia de un movimiento de Resistencia. Este rechazo era tanto más fácil cuanto que sólo la historiografía de la RDA podía legítimamente considerarse como la heredera de una tradición antifascista; no así los historiadores alemanes occidentales que pertenecían a lo que actualmente es corriente denominar la “generación de la Hitlerjugend” y todavía menos sus maestros que dominaron la disciplina durante la “era Adenauer” y que habían adherido con frecuencia al partido nazi antes de 1945. Allí hay una diferencia fundamental con la historiografía italiana, cuyas querellas actuales tienden a la reevaluación del “paradigma antifascista” sobre el que ella se reconstituyó después de 1945. Pero esta descripción estaría incompleta sin otro elemento político. El concepto de fascismo, en la sociedad alemana occidental de los años sesenta y setenta, designaba más el presente que el pasado y servía para motivar la lucha contra las tendencias autoritarias de un sistema político que había nacido de las cenizas del III Reich. Según la célebre fórmula de Adorno, el peligro representado por las supervivencias del fascismo en la democracia era aún más grande que la amenaza de una recaída en el fascismo.¹⁹ La solidez de las instituciones democráticas alemanas, de la que la reunificación ha sido una prueba decisiva, ha mostrado el carácter anticuado y en adelante obsoleto de tal concepción.

4. Pero el elemento que sin duda ha contribui-

do más al abandono de la noción de fascismo en el seno de la historiografía alemana es la emergencia de una conciencia histórica fecundada por la memoria de Auschwitz. El fascismo aparece como una categoría demasiado general para aprehender Auschwitz; el carácter único del exterminio industrial de los judíos de Europa no puede ser captado por un concepto que ha sido aplicado también a la Italia de Mussolini, a la España de Franco, al Portugal de Salazar, a la Austria de Dolfuss, a la Rumania de Antonescu, etc. La noción de fascismo, ha escrito Dan Diner con una fórmula tajante, “no permite llegar al núcleo de Auschwitz”.²⁰ El eclipse del concepto de fascismo aparece así como el epílogo de un largo recorrido de la historiografía alemana que ha desembocado en una visión del pasado en cuyo centro se inscribe en lo sucesivo la Shoah, el “punto fijo” del sistema nazi, marcado por una irreductible “unicidad” (*Einzigkeit*).

Es legítimo entonces plantear un interrogante: la noción de totalitarismo, que ha conocido un renacimiento espectacular en el curso del último decenio, tanto en Alemania como en el resto de Europa, ¿sería más apta para aprehender tal singularidad? El desplazamiento del comparativismo histórico de la relación entre el fascismo italiano y el nazismo a la relación entre el nazismo y el comunismo, ¿sería más esclarecedor para comprender la naturaleza del régimen hitleriano y la singularidad de sus crímenes? El paralelismo entre el “doble pasado totalitario” de Alemania, el del III Reich y el de la RDA, aquél de un régimen —para retomar la fórmula de Étienne François— que ha acumulado una montaña de cadáveres y el de otro que ha acumulado una montaña de expedientes,²¹ ¿llevaría a conclusiones de un valor heurístico mucho mayor? La duda me parece permitida.

No se trata de discutir el valor de la noción de totalitarismo —a mi criterio limitado pero real— ni de recusar la legitimidad de una comparación entre los crímenes del nazismo y los del estalinismo. Lo problemático es, por una parte, la interpretación del totalitarismo como categoría analítica incompatible y alternativa a la de fascismo y, por otra parte, la atribución de una mayor envergadura epistemológica a la comparación entre el nazismo y el comunismo que a la del fascismo y el nazismo. No se trata tampoco de negar la sin-

gularidad histórica de los crímenes nazis, puesto que el exterminio industrial de los judíos de Europa permanece como una característica exclusiva del nacional-socialismo. Pero si las cámaras de gas no tienen equivalente fuera del III Reich, sus premisas históricas —el antisemitismo, el racismo, el antiiluminismo, la modernidad técnica e industrial— están ampliamente presentes, en grados de intensidad diferentes, en el conjunto del mundo occidental. *A fortiori*, la singularidad de los crímenes del nazismo no excluye su pertenencia, a pesar de todas sus particularidades, a una familia política más vasta, la de los fascismos europeos. Ahora bien, es precisamente esta hipótesis la que ha conocido, desde el *Historikerstreit* hasta los debates más recientes en torno del *Libro negro del comunismo* —cuyo impacto en Alemania no ha sido despreciable—, un eclipse casi total. Así hemos asistido, a pesar de los logros incontestables de la investigación, al retorno de un “consenso anti-totalitario” que suponía un *a priori* “anti-anti-fascista”, para retomar las palabras de Jürgen Habermas a propósito de la Alemania anterior a 1968.²²

Consenso anti-totalitario y memoria de la Shoah

Para resumir, el eclipse del concepto de fascismo depende de la confluencia de dos tendencias: por una parte este consenso antitotalitario liberal y “anti-antifascista”, por otra, la emergencia de una conciencia histórica fundada sobre la memoria de la Shoah y sobre el reconocimiento de su singularidad. Es sorprendente constatar que estas tendencias han sido favorecidas por ciertas corrientes de la historiografía italiana, poderosamente amplificadas por los medios de comunicación de la Península, que apuntan precisamente a rehabilitar el fascismo y a criminalizar el antifascismo a partir del reconocimiento de un clivaje radical entre el fascismo y el nazismo. El fascismo italiano, afirmaba Renzo De Felice en una entrevista que tuvo un gran impacto, queda fuera del “cono de sombras del Holocausto”.²³ Este fenómeno perverso —el reconocimiento de la singularidad del *judeicidio* que actúa en Alemania como vector de la formación de una conciencia histórica, y en Italia como pretexto para una rehabilitación del fascismo— es una fuente permanente de malen-

tendidos y de ambigüedades que ha profundizado más el foso que separa las dos historiografías.

Los riesgos que derivan de la instalación de tales tendencias son los que Martin Broszat había denunciado al comienzo de su correspondencia con Saul Friedländer y de los que este último parece reconocer actualmente, al menos en parte, su clarividencia: un “aislamiento” del pasado nazi que impediría asir los vínculos con los otros fascismos europeos y, de un modo más general, con el modelo de civilización del mundo occidental. Asir estos vínculos no significa “normalizar” o rehabilitar al nazismo, más bien significa “desnormalizar” nuestra civilización y reconsiderar la historia de Europa. Si existe un *Sonderweg* alemán, éste no explica los orígenes del nazismo sino su resultado.²⁴ En otras palabras, la singularidad de la Alemania nazi depende de una síntesis, desconocida en otra parte, entre varios elementos —antisemitismo, fascismo, Estado totalitario, modernidad técnica, racismo, eugenesia, imperialismo, contrarrevolución, anticomunismo— aparecidos en el conjunto de Europa a fines del siglo XIX y desarrollados intensamente a escala continental con la Primera Guerra Mundial.

Este “aislamiento” corre el riesgo de distanciar a la historiografía alemana de las principales corrientes de la investigación a nivel internacional, en la que generalmente es admitida la legitimidad del concepto de fascismo como “tipo ideal”. Son innumerables los historiadores que han hecho y hacen uso de él en los años recientes. Basta con pensar en George L. Mosse, James Gregor, Roger Griffin, Robert Paxton, Stanley Payne y Ian Kershaw en el mundo anglosajón, en Zeev Sternhell, Philippe Burrin y Pierre Milza en el mundo francófono, en Enzo Collotti, Gustavo Corni y Nicola Tranfaglia en Italia. Más aún, el rechazo de la noción de fascismo (y, en consecuencia, del antifascismo) no hace más que replantear la eterna cuestión de las relaciones entre historia y memoria, en la medida en que profundiza un hiato radical entre la historización actual del nacional-socialismo y la percepción que de él tenían sus contemporáneos, en el momento en que el fascismo, antes de ser una categoría analítica, era un peligro contra el cual era indispensable batirse y el antifascismo, antes de convertirse en una ideología de Estado, constituía un *ethos* compartido de la Europa democrática (y, en ese contex-

to, de la cultura alemana en el exilio). He aquí algunas cuestiones que pienso que merecen ser planteadas.

[Traducción: María Inés Tato de *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, nº 68, octubre-diciembre 2002, publicación de la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (BDIC), Nanterre./

Revisión técnica: Laura Ehrlich]

- 1 Se trata de la jornada sobre el tema “Nazismo, fascismo, comunismo: debates y controversias historiográficas en Alemania y en Italia” desarrollada en la *Maison d'Italie* de París el 29 de mayo de 2001, como parte del seminario “Territorio y militantes comunistas: aproximaciones plurales y comparadas” (CHS du XXe siècle – Université Paris 1 – CNRS) [N. de R.]
- 2 Tim Mason, “Whatever happened to «Fascism»?”, en: *Nazism, Fascism and the Working Class. Essays by Tim Mason*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 323-331.
- 3 Ernst Nolte, “Vergangenheit, die nicht vergehen will”, y Jürgen Habermas, “Ein Art Schadensabwicklung”, en *Historikerstreit*, Munich, Piper, 1987, pp. 39-47 y 62-76.
- 4 Martin Broszat, Saul Friedländer, “Sur l’historisation du national-socialisme. Échange de lettres”, *Bulletin trimestriel de la Fondation Auschwitz*, 1990, nº 24, pp. 43-86. Cfr. también las contribuciones de Philippe Burrin y Saul Friedländer sobre el tema en *Vingtième Siècle*, octubre-diciembre 1987, pp. 31-54.
- 5 Daniel J. Goldhagen, *Les bourreaux volontaires de Hitler. Les Allemands ordinaires et l’Holocauste*, París, Seuil, 1997. [Hay edición castellana: Daniel J. Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid, Aguilar, 1997. N de R.] Véase sobre este tema Enzo Traverso, “La Shoah, les historiens et l’usage public de l’histoire”, *L’Homme et la Société*, 1997/3, nº 125, pp. 17-26.
- 6 Véase Götz Aly, *Macht, Geist, Wahn. Kontinuitäten deutschen Denkens*, Berlín, 1997 (reed. Fischer, Fráncfort del Meno). Para un balance de conjunto, cfr. Marina Cattaruzza, “Ordinary Men? Gli storici tedeschi durante il nazional-socialismo”, *Contemporanea*, 1999, II, nº 2, pp. 331-339.
- 7 Edouard Husson, *Comprendre Hitler et la Shoah*, París, Presses Universitaires de France, 2000, pp. 271-272.
- 8 Sobre esta cuestión, cfr. sobre todo Carlo Ginzburg, *Le juge et l’historien*, París, Verdier, 1997. [Hay edición castella-

- na: Carlo Ginzburg, *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri*. Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1993. N de R.]
- 9 Enzo Traverso, "La singularité d'Auschwitz. Problèmes et dérives de la recherche historique", en C. Coquio (ed.), *Parler des camps, penser les génocides*, París, Albin Michel, 1999, pp. 128-140.
- 10 Karl-Dietrich Bracher, *Zeitgeschichtliche Kontroversen. Um Faschismus, Totalitarismus, Demokratie*, Munich, Piper, 1976.
- 11 Hans-Helmut Knütter, *Die Faschismus-Keule. Das letzte Aufgebot der deutschen Linken*, Fráncfort del Meno, Ullstein, 1993, p. 14.
- 12 Wolfgang Kraushaar, "Die auf dem linken Auge blinde Linke. Antifaschismus und Totalitarismus", *Linke Geisterfahrer. Denkanstösse für eine antitotalitäre Linke*, Fráncfort del Meno, Verlag Neue Kritik, 2001, pp. 147-155.
- 13 Dan Diner, *Das Jahrhundert verstehen. Ein universalhistorische Deutung*, Munich, Luchterhand, 1999.
- 14 Wolfgang Wippermann, *Faschismustheorien. Die Entwicklung der Diskussion von den Anfang bis heute*, Darmstadt, Primus Verlag, 1995.
- 15 Jerzy W. Borejsza, *Schulen des Hasses. Faschistische Systeme in Europa*, Fráncfort del Meno, Fischer, 1999.
- 16 Ernst Nolte, *Le fascismo dans son époque*, París, Julliard, 1970; su interpretación "histórico- genética" del totalitarismo está presente en su correspondencia con François Furet, *Fascisme et communisme*, París, Plon, 1998 [Hay edición castellana: Furet, F., Nolte, E., *Fascismo y comunismo*, México - Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998]
- 17 Véase David Beetham (ed.), *Marxists in face of fascism. Writings by Marxists on Fascism from the Inter-War Period*, Manchester, Manchester University Press, 1983.
- 18 Enzo Traverso, "Le totalitarisme. Jalons pour l'histoire d'un débat", *Le totalitarisme. Le XXe siècle en débat*, París, Seuil, 2001, p. 27. [Hay edición castellana: *El totalitarismo. Historia de un debate*, Buenos Aires, EUDEBA/Rojas, 2001. N de T.]
- 19 Theodor W. Adorno, "Que signifie: repenser le passé?", *Modèles critiques*, París, Payot, 1984, pp. 97-98.
- 20 Dan Diner, "Antifaschistische Weltanschauung. Ein Nachruf", *Kreisläufe*, Berlín, Berlin Verlag, 1995, p. 91.
- 21 Étienne François, "Révolution archivistique et réécriture de l'histoire: l'Allemagne de l'Est", en Henri Rousso (ed.), *Nazisme et stalinisme. Histoire et mémoire comparées*, París-Bruselas, Complexe, 1999, p. 346. En realidad E. François retoma una fórmula de Christian Meyer, ex presidente de la Asociación de historiadores alemanes.
- 22 Jürgen Habermas, "Conscience historique et identité post-traditionnelle", *Écrits politiques*, París, Cerf, 1990, pp. 315-316.
- 23 Cfr. la entrevista a Renzo De Felice en Jader Jacobelli (ed), *Il fascismo e gli storici oggi*, Bari -Roma, Laterza, 1988, p. 6. Para un paralelismo entre el enfoque de Nolte y el de De Felice, cfr. Wolfgang Schieder, "Zeitgeschichtliche Verschränkungen über Ernst Nolte und Renzo De Felice", *Annali dell'Istituto italo-germanico di Trento*, 1991, XVII, pp. 359-376.
- 24 George Steinmetz, "German exceptionalism and the origins of Nazism: the career of a concept", en I. Kershaw, M. Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism. Dictatorships in Comparison*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, p. 257.